

Orden según el cual debe ser ordenado el rey (s. X?)

Dios eterno y omnipotente, creador de todas las cosas, emperador de los ángeles, rey de reyes y señor de señores, que hiciste a Abraham Tu siervo fiel triunfar sobre sus enemigos, que concediste múltiples victorias a Moisés y Josué al frente de su pueblo, elevaste a David Tu humilde doncel a la dignidad del reino, y enriqueciste a Salomón con el inefable don de la sabiduría y de la paz: atiende (Te rogamos) a las preces de nuestra humildad, y en este N. Tu siervo, a quien con suplicante devoción elegimos como rey, multiplica las dádivas de Tus bendiciones, y protégelo siempre y en todas partes con el brazo de Tu poder, para que, así como fuiste fortalecido por la fidelidad de Abraham, como confiaste en la mansedumbre de Moisés, como fuiste protegido por la valentía de Josué, exaltado por la lealtad de David, y adornado por la sabiduría de Salomón, recibas de él satisfacción en todas las cosas, y siga él siempre con paso seguro la senda de la justicia; para que en adelante de tal manera sustente y enseñe, defienda y ordene a Tu Iglesia, junto con los fieles a ella unidos, y la gobierne según el régimen de Tu virtud con majestad y poderío, frente a todos sus enemigos visibles e invisibles, y, mediante Tu auxilio, conforme sus espíritus a la concordia de la verdadera fe y de la paz, para que, sostenido por la debida sumisión de estos pueblos, y glorificado por su merecido amor, sea digno de ascender debidamente al trono de Tu misericordia, y también, guarnecido por el casco de Tu protección y protegido por Tu escudo invencible y amparado constantemente por Tus armas celestes, obtenga venturosamente el triunfo de la deseada victoria, infunda a los infieles el terror de su poderío y logre con regocijo la paz para Ti y Tus guerreros; por Nuestro Señor, que en virtud de la cruz destruyó los infiernos y, derrotando el reino del Demonio ascendió victorioso a los cielos; en quien reside toda potestad, y en quien se fundan la victoria de los reyes, que es la gloria de los humildes y la vida y la salvación de los pueblos. Tú, con quien vive y reina Dios en la unidad del Espíritu Santo.

Unción por los santos óleos.- Dios, Hijo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, ungido por el Padre con el óleo de la exultación antes que los que de Él participan; que Él mismo, por la presente infusión de este sacro ungüento, vierta sobre tu cabeza la bendición del Espíritu Paráclito y la haga penetrar hasta el interior de tu corazón, para que, mediante este don visible y palpable percibas lo invisible y, una vez ejecutado tu reino temporal con justo gobierno, merezcas reinar eternamente con Él, el único rey de reyes, que vive sin pecados y es glorificado con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos. Amén.

Imposición de la corona real.- Recibe la corona del reino que, aunque por manos indignas, si bien de obispos, te es colocada sobre la cabeza, y a la que debes considerar como claro signo de la gloria, de la santidad, y del honor y necesidad de la fortaleza, y por la cual no desconocerás tu condición de partícipe de nuestro ministerio, de modo que, así como nosotros somos considerados pastores en los asuntos interiores y rectores de las almas, también tú aparezcas como verdadero devoto de Dios en las cosas exteriores, como esforzado defensor contra todas las adversidades de la Iglesia de Cristo y del reino a ti dado por Dios, y confiado a tu gobierno por oficio de nuestra bendición, en nombre de los apóstoles y de todos los santos, y como útil ejecutor y rey provechoso, para que, adornado por las alhajas de las virtudes y coronado eternamente por el premio de la felicidad, seas glorificado sin fin entre los héroes gloriosos, con el Salvador y Redentor Jesucristo, de cuyo nombre serás considerado portador. Él, que vive y gobierna como Dios, con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo y por todos los siglos de siglos.

Tradición del cetro.- Recibe la vara de la virtud y de la equidad con la que acariciarás a los buenos y amedrentarás a los malvados, señalarás el camino a los

extraviados, extenderás la mano a los caídos, oprimirás a los soberbios y aliviarás a los humildes, y te abrirá la puerta Jesucristo Nuestro Señor, quien de sí mismo dijo: Yo soy una puerta, el que por mí entre será salvado, y soy la llave de David y el cetro de la casa de Israel, el que abre y ninguno cierra, el que cierra y ninguno abre. Sea para ti guía el que condujo fuera de la cárcel al prisionero y al (que estaba) sumido en las tinieblas y en la sombra de la muerte; y en todas las cosas seas digno de seguir a Aquél de quien cantó el profeta David: Dios (será) por los siglos Tu asiento, y la vara de la equidad (será) la vara de Tu reino. E imitándole deberás amar la justicia y odiar la injusticia, pues para ello te ungió Dios tu Dios, según el ejemplo de Aquel, a quien siglos antes ungiera con el óleo de la exultación antes que a los que de Él participan, Jesucristo Nuestro Señor que vive y reina.

Tradición de la espada.- Recibe la espada, aunque de manos indignas de los obispos, si bien consagradas por la autoridad de los santos apóstoles y en nombre de ellos, que te es encomendada en calidad real, y por oficio de nuestra bendición, ordenada a la defensa de la Santa Iglesia de Dios, en calidad divina; y ten memoria de aquello que profetizó el salmista diciendo: Ciñe la espada a tu muslo, Oh poderosísimo; para que por ella ejerzas la fuerza de la justicia, destruyas con energía el cuerpo de la injusticia y protejas y defiendas la Santa Iglesia de Dios y a sus fieles; y en no menor grado para que destruyas y derribes a los enemigos del nombre cristiano, infieles para la fe, defiendas auxilios con clemencia a viudas y huérfanos, restaures las cosas destruidas, preserves las restauradas, vengues las injustas, y confirmes las bien ordenadas, de manera que, realizando estas obras, glorificado por el triunfo de las virtudes, cultor egregio de la justicia, seas digno de reinar sin fin con el Salvador del mundo, cuyo signo llevas en Su nombre, quien vive y reina con el Padre y con el Espíritu Santo.

Determinación del status real.- Levántate y conserva desde ahora el lugar que hasta hoy tuviste por sucesión paterna, a ti delegado por derecho hereditario, por autoridad de Dios omnipotente y por la tradición que te hacemos todos los obispos y los demás siervos de Dios; y cuanto más cerca de los altares veas al clero, tanto mejor honor recordarás rendirles en lugares apropiados; de manera que el mediador entre Dios y los hombres te confirme en este trono del reino como mediador entre el clero y el pueblo, y te llame a reinar a Su lado en el reino eterno, Jesucristo Nuestro Señor, Rey de Reyes y Señor de Señores, que con Dios Padre y con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Vera Villalobos, Enrique. *El rito de la consagración del rey en la Alta Edad Media*. (En: *Imago Mundi. Revista de Historia de la Cultura*, Buenos Aires, 2(6), dic. 1954, pp. 52-58)